

lecciones á la juventud, enseñándole la solitud con que deberá conservar la inocencia é integridad de vida, la perseverancia en mortificar el cuerpo para calmar el ardor de las pasiones, el desprecio de las riquezas y honores, el espíritu de energía en el estudio y en el cumplimiento de los deberes propios de su edad; la fidelidad, en fin, y afecto filial á la santa Iglesia y á la Sede Apostólica.»

Hay otro modelo, más fácil de imitar, que conviene recomendar á la juventud ilustrada y creyente: Federico Ozanam, cuya corta vida fué fecunda para las letras y para el prójimo. Una sola aspiración tuvo él hasta el último instante de su vida, al decir de uno de sus biógrafos: la de hacer brillar la verdad y la divinidad de la religión católica, y de hacerla amar por la práctica de la caridad fraterna. Verdad y caridad, dos nobles hermanas, de las que una hace conocer al hombre sus deberes, y la otra templea sus rigores¹.

Nacido en 1813 y educado con esmero por sus virtuosos padres, en especial por su madre, la cual formó su corazón incomparable, la infancia de Ozanam pasó dulce y tranquila, en el flujo y reflujo del amor que iba del corazón de los padres al del hijo, y viceversa. Alumno del Colegio Real de Lión, en el que cursó humanidades, á los dieciséis años y medio fué bachiller, manifestando gran afición á la poesía y á las letras, á las musas y á lo ideal. Á los dieciocho años escribió, para refutar á los sansimonianos, su primer libro, que fué aplaudido por Lamennais y Lamartine; y poco después concibió el plan de una obra vasta en defensa de la religión católica. Enviado á París para cursar derecho, el sabio cristiano Ampère le acogió en su casa y le ofreció su amistad. En 1836 obtuvo el doctorado, y en los diecisiete años que le restaron de vida, varios de ellos de penosa enfermedad, realizó una labor inmensa. Catedrático substituto y después propietario, desde 1844, de la clase de literatura extranjera, en la Sorbona, desempeñó con mucho lustre el profesorado, y á sus lecciones concurría selecto auditorio que no se cansaba de aplaudir sus triunfos. Según M. Villemain, «nadie sobre-

¹ Cf. C. Ozanam 1. c.

pujó á Ozanam en la fiebre por el estudio, en el esfuerzo de aplicación y de inventiva, cuyas huellas se conservan en sus escritos. Lenguas antiguas y modernas, historia de todos los tiempos, literatura clásica y extranjera en todos sus grados, ciencia del derecho eclesiástico y civil, estudio de las artes; todo lo había abarcado con trabajo metódico é inspirado, cuyos ecos, por decirlo así, se repiten en su vasta memoria y en su poderosa inteligencia.» Todas las producciones de su pluma llevan el sello de la verdad, revelan al filósofo espiritualista, al cultivador eximio de las bellas letras.

Pero Ozanam era ante todo un católico activo y fervoroso. Persuadido de que la ignorancia en materias religiosas y el desenfreno de las pasiones arruinan á la juventud, funda la *Conferencia de Historia*, en que refuta victoriosamente las acusaciones contra la Iglesia y su doctrina, y, para que el remedio fuese más eficaz y adecuado á las exigencias de los tiempos, se empeña con Mons. de Quélen, arzobispo de París, en el establecimiento de las famosas Conferencias de Nuestra Señora, desde cuya cátedra sagrada han ilustrado y conmovido á millares de inteligencias, oradores como Lacordaire, Ravignan, Félix, Monsabré.

Á Ozanam le estaba reservada otra gloria más pura. Unido á siete compañeros dió principio en 1833 á las Conferencias de San Vicente de Paul, cuyo fin es distribuir, no tanto el dinero entre los necesitados, como darles luz y amor. Comunicarse uno mismo al prójimo; mirar al pobre como hermano, suavizar sus penas con el consuelo, respetarle, quererle: he ahí la obra realizada por Ozanam mediante dichas Conferencias. «Pongamos», decía, «nuestra fe bajo la salvaguardia de nuestra caridad; reconciliemos por medio de esta virtud á los que no tienen lo bastante con los que tienen demasiado.» Según su plan, había que cuidar al pobre desde la cuna hasta el sepulcro, para hacer de él un verdadero cristiano y conducirle al cielo. Así, debido al celo de un fervoroso creyente y de un gran patriota, apareció en la Iglesia esa admirable institución que, á modo de red de caridad, ha extendido por todas partes su benéfico influjo, socorriendo todas las miserias humanas y llevando, sobre todo, muchas almas al cielo.

¡Pero Ozanam debía morir pronto, apenas cumplidos los cuarenta años de vida! Padecía la nostalgia del cielo. «Se encaminaba al término con la rapidez de un alma que cree demasiado en la eternidad para guardar consideraciones al tiempo», dijo de él Lacordaire. ¡Qué modelo tan hermoso para la juventud estudiosa y cristiana! Dos nobles pasiones existieron en el pecho de Ozanam: la pasión de las letras y la pasión de la caridad. Efecto de la primera son los escritos incomparables que nos ha dejado, y de la segunda las conferencias de San Vicente. ¡Ojalá los jóvenes leyeran á menudo esos escritos; ojalá, le imitaran, sobre todo, en su ardiente amor á los pobres, en su activa propaganda en pro de la verdad católica!

«En su débil cuerpo tuvo dos fuerzas invencibles: el genio y la ternura, y, para dirigir las, dos resplandores divinos: la fe y la caridad... ¡Qué huella, qué estela tan luminosa ha dejado en pos de sí! ¡Qué peso ha sido el suyo en la balanza de los destinos del mundo! Después de tantos años que duerme el sueño de la muerte, su obra sobrevive gloriosa y fecunda, salvando á los hombres de la desesperación y á la sociedad de la rebelión y la anarquía.»¹

¡Ojalá que la verdad y la caridad fuesen siempre los móviles de la juventud en sus actos, con lo que se asegurarían los intereses vitales de la sociedad y se regeneraría el mundo! «Cuando la piedad y la caridad se dan la mano, producen la luz; y cuando la fe brota del corazón, inspira el amor á la ciencia, porque la ciencia sirve para demostrar y defender la fe», ha dicho Mochler.²

11. El carácter y el trabajo en la educación individual y social.—Nunca encaeré lo bastante la excelencia del carácter y los males que causa la falta de esta rara cualidad en la sociedad moderna; por esto, insisto una vez más en la necesidad de infundir carácter en la juventud. «La civilización de hoy», afirma Montalembert, «se muestra muy escasa de grandes caracteres»; y un ilustre prelado francés

asegura: «que lo que la memoria es á la inteligencia, es el carácter á la voluntad. La memoria produce la estabilidad del pensamiento, y el carácter la de la voluntad; y la memoria y el carácter son el rasgo que recuerda en el hombre la inmutabilidad divina. Se ha hecho una observación justificada muchas veces, á saber: que los hombres yerran más por falta de carácter que por falta de entendimiento... Un gran carácter no existe tampoco sin un gran entendimiento; pero lo completa y acaba. Uno de los mejores elogios que se puede hacer de un hombre, será siempre poder decir de él que es un *gran carácter*; porque el carácter, aun más que el entendimiento, produce grandes bienes, y si nos quejamos hoy de que haya tan pocos hombres, consiste en que hay pocos caracteres.»¹

De igual modo permitásemse inculcar á la juventud el amor al trabajo, aun como medio de moralizarla y hacerla adelantar, con tal que esté guiado por las prescripciones del Evangelio. Recuérdese que la Iglesia católica ha debido su establecimiento y asombrosa difusión á la enseñanza de las verdades de la fe y á la práctica saludable del trabajo, sin el que el hombre no puede desarrollar sus facultades ni cumplir su misión.

Por medio de la palabra evangélica y de los hábitos de trabajo que la religión infunde en los pueblos, consiguió la Iglesia convertir y civilizar á las hordas de los bárbaros que devastaron el imperio romano. Oigamos, por ejemplo, lo que dice Ozanam acerca del sistema empleado por aquélla en la conquista y civilización de los germanos, y de su incorporación en el seno de la sociedad cristiana.

«El trabajo no ahoga la inspiración, antes bien la fecunda, pudiéndose decir que no puede haber siglos laboriosos sin un soplo inspirador que los sostenga... Cuando se penetra en los valles de los Vosgos y del Jura, en el corazón de esas ásperas regiones en que se asilaron largo tiempo las antiguas costumbres germánicas, el viajero se queda admirado de la salvaje majestad de aquellos lugares; pero, al mirarlos de

¹ *Victor van Tricht*, Conferencia familiar sobre Federico Ozanam.

² Historia de la Iglesia.

¹ Mons. *Enfanloup*, Cartas sobre educación intelectual.

cerca, observa que una fuerza más poderosa que la naturaleza, la del trabajo, los subyuga y pone á su servicio, sin perdonar nada de lo que parecía creado para la libertad y el reposo. ¡Qué calma la que se nota en esos árboles gigantescos, que parecen nacidos para no hacer nada, como los antiguos reyes! Es preciso que descendian de sus rocas para servir al campesino que les hará soportar el peso de su cabaña, ó al navegante que construirá de ellos los costados de sus naves. ¿Qué cosa hay más libre que el torrente? Y, sin embargo, se le busca en su lecho; se le aprisiona y sujeta al molino, como á un esclavo. No digáis que esas fábricas deshonran la belleza salvaje del desierto: el ruido de los martillos y el humo de las fraguas manifiestan que la creación obedece al hombre, y el hombre á Dios.

«La historia nos ha dado un espectáculo semejante. La barbarie dominaba en la antigüedad, con toda la grandeza que de ella nos comunican los relatos de Tácito y los cantos de Edda. Conocemos á esos germanos, creados para la ruina del Imperio y la conquista del Occidente, capaces de todo, excepto de la obediencia y del trabajo... Viene el cristianismo: si él temiese, como se asegura, el despertar de la razón humana, habría dejado dormir á esos pueblos en la ignorancia. El cristianismo los encuentra ignorantes en la lectura y la escritura; de modo que, si él deseara, le ayudarían á destruir lo que queda de la antigüedad pagana. Pero el cristianismo procede de otro modo: con el Evangelio les da leyes; y en vez de plantar una cruz en la soledad y de quedarse satisfecho con que las tribus convertidas vengan á orar en torno de ella, les hace edificar ciudades, y congrega dentro de murallas, bajo el lazo de la vida común, á esos bárbaros que no toleraban á sus vecinos; los lanza, en fin, á las escuelas para hacerlos reflexionar durante siete años sobre los nueve libros de Marciano Capella y las diez categorías de Aristóteles...

«Se ha reprochado á la Iglesia el haber abatido estas generaciones nuevas sujetándolas al régimen de una civilización añeja; se ha echado de menos para los germanos la libertad de sus bosques, donde las encinas habrían concluido por

dar oráculos como en Dodona, y donde las musas habrían descendido como sobre las montañas de la Grecia, si no hubiesen tenido miedo de los monjes y de los pedagogos.

«Nosotros juzgamos, por el contrario, que el trabajo, lejos de perjudicar á los pueblos modernos, les dió ese temperamento robusto que ha resistido á tantas revoluciones. Nosotros no nos arrepentimos de esta laboriosa educación de nuestros abuelos ni de los siglos que emplearon en leer latín, en versificar en latín, en hablar latín. El sello latino era el sello del imperio del mundo, y las naciones que fueron más vivamente marcadas con él, como Francia, Inglaterra, España, eran las únicas destinadas á ver su espada, su política y sus lenguas salir de Europa y remover toda la tierra.»¹

12. Ó educación cristiana, ó impia.—Así como no hay medio entre la verdad y el error, tampoco lo hay entre la buena y mala educación. Proponiéndose ésta formar al hombre por completo, es decir, no sólo en lo intelectual sino también en lo moral, tiene que apoyarse en reglas y principios; por lo que, así como no se inventa la ciencia, que es el alimento del espíritu, mucho menos se inventa la moral, que es la que forma el corazón del hombre.

La educación ha de darse, por lo mismo, según un plan ó sistema permanente; pero la experiencia manifiesta que no todos los que se dedican á la ardua labor de educar á la juventud, siguen un mismo plan y sistema: por este motivo no es igual la instrucción científica y moral que reciben los jóvenes. ¡Cuántas veces, en lugar del agua pura de la verdad, bebe el joven en las cisternas envenenadas del error; y, con cuánta mayor frecuencia, en vez de la admirable moral del Evangelio, única santificadora de las almas, se le inculca la moral independiente, la moral sin Dios, y aún se prescinde de ella por completo!

Varias veces he hablado del vivo interés que despliega la Iglesia en la formación científica y literaria del hombre; pero en lo tocante á su formación moral, es necesario recordar que, por la misión que Dios le ha confiado, la Iglesia es la única

¹ Les écoles.

maestra y la sola autoridad llamada á enseñar á los hombres y á los pueblos las reglas y principios invariables acerca de la moralidad ó inmoralidad de los actos humanos.

No debiéndose prescindir de la Iglesia en la educación, ésta tiene que ser cristiana ó anticristiana, religiosa ó impía. Terrible dilema, por uno de cuyos términos tienen que optar los padres de familia, los maestros y los encargados del poder público. Por esto, al concluir este libro, me permito llamar su atención sobre la gravísima responsabilidad que sobre ellos pesa en este punto, ya que de la buena ó mala formación del hombre depende no sólo la felicidad temporal y eterna de éste, sino también la prosperidad ó decadencia de los pueblos. Si cuantos intervienen en la educación del niño, se cuidaran de que fuese cristiana, la humanidad cosecharía frutos sazonados, en todo sentido; florecerían las ciencias y las letras, la industria y el comercio, las virtudes públicas y privadas, muchísimo más de lo que florecen al presente; y la *pas de Dios*, que *sobrepuja á todo encañecimiento*¹, unificaría los entendimientos y las voluntades de todos; de modo que, como miembros de una sola familia, cuyo principio y fin es Dios, trabajarían de consuno en la gran obra del progreso intelectual, material y moral del hombre.

Mas por una aberración, sólo explicable por la triste situación en que la culpa primera deja á la humanidad, muchos padres de familia y casi todos los gobiernos, ó prescinden de la religión (que es la base de la educación), ó la miran como cosa de poca importancia, ó, lo que es peor, la eliminan y combaten en la enseñanza.

Los gobiernos sectarios llevan su odio á la Iglesia católica hasta el extremo de impedir su benéfico influjo en las escuelas y colegios, no sólo prohibiendo la instrucción religiosa, sino aun presentando á la Iglesia como enemiga de la cultura intelectual.

Duchos por la fuerza del derecho de educar á las nuevas generaciones, las imbuyen desde la primera edad en

¹ Fil. IV, 7.

las máximas del naturalismo y racionalismo, á fin de que se preocupen sólo en conseguir bienes para la vida presente, y miren con desdén, y como *invenciones del fanatismo*, la vida futura, sus premios y castigos eternos.

Desde hace más de veinte años, el gobierno de Francia secularizó la enseñanza, ó, lo que es lo mismo, arrojó á Dios y á su Iglesia del recinto de la escuela, mediante leyes que constituyen al Estado «en única autoridad docente, en doctor y en cierta manera pontífice, con doctrinas y dogmas relativos á la enseñanza», como lo nota un escritor de nuestros días. Y esta total exclusión del elemento religioso en los establecimientos fiscales, se ha hecho en nombre de la *libertad*, del *patriotismo* y de la *unidad nacional*.

Como Francia está á la vanguardia de la cultura moderna, y en las repúblicas de la América latina se la considera como maestra de la democracia, conviene manifestar el espíritu anticristiano que anima á los reformadores de la educación nacional francesa. Pablo Bert, y Goblet, ministros de instrucción pública y corifeos de la enseñanza laica, nos indicarán lo que ésta significa.

Decía el primero en 1881: «La célebre fórmula de la *enseñanza laica* comprende dos órdenes de ideas distintas: la secularización de los programas y la del personal docente. Hemos ya realizado la primera parte de nuestra tarea, al separar la Iglesia de la enseñanza y despejar el camino al maestro de escuela, que ya no tiene nada que ver con el párroco. Nos queda la segunda parte, que es urgente, necesaria, indispensable. ¿Cómo es posible que la orden expresa de separar la enseñanza laica de la religiosa pueda ser cumplida por los que, como principalísimo voto, han jurado ante todo dar la enseñanza religiosa?... La enseñanza religiosa es la escuela de la estupidez, del fanatismo, del antipatriotismo y de la inmoralidad....»

Estas terribles expresiones fueron puestas en práctica, en la ley de 1882, que excluyó en absoluto la moral religiosa de la enseñanza oficial, y suprimió la enseñanza libre.

En mayo de 1886, Goblet se expresaba en estos términos, acerca de la ley antes indicada: «Los principios consagrados

por esta ley han parecido, desde hace mucho tiempo, inseparables de la noción del Estado moderno, y el carácter esencial de ella consiste en convertir la enseñanza pública en *enseñanza del Estado*. Nada más justo.... Si la independencia de las ideas y la diversidad de los métodos constituyen una condición de vida para la enseñanza superior, la *unidad* nos parece, por el contrario, como la regla natural, si no necesaria, de esta primera instrucción común á todos los ciudadanos. La enseñanza elemental pública, accesible á todos..., ¿no tiene también que ser igual para todos, animada por un mismo espíritu, regida por unos mismos programas, y dada por unos mismos maestros, tanto más cuanto que el Estado es el *único capaz* de tomar sobre sí la responsabilidad de este servicio?»

Como lo observa el Padre Antonino Tonna-Barthet¹, «la teoría de Pablo Bert es idéntica á la de Goblet, si bien éste emplea un lenguaje menos injurioso que aquél; pero ambos se sirven de los mismos sofismas para defender las leyes sobre la enseñanza; ambos han atribuido al Estado el derecho de violentar las conciencias en virtud de un mismo sofisma que confunde la enseñanza pública con la enseñanza del Estado.... En resumen, la ley Ferri-Bert, del 28 de marzo de 1882, excluyó la religión de las escuelas primarias, y obligó á los padres á dar á sus hijos la instrucción primaria, lo que la mayoría de las familias sólo podía cumplir en las escuelas públicas, de las que se desterró toda noción de cristianismo. Esta ley secularizó los programas de enseñanza.

La ley Goblet, de 30 de octubre de 1886, fué digno complemento de la primera; pues secularizó el personal docente, desterrando de las escuelas á los Hermanos y Hermanas, que han sido en Francia, en toda época, los verdaderos propagadores de la enseñanza popular.»

Sabido es que por disposiciones posteriores, especialmente por la ley Waldeck-Rousseau, tiránicamente ejecutada en nuestros días por el ministro Combes, la enseñanza secundaria y la superior han corrido igual suerte, y que las congregacio-

¹ «La situación religiosa en Francia».

nes docentes han sido expulsadas del suelo de Francia, con prohibición de que los miembros de ellas puedan enseñar ni aun en colegios particulares. El Sumo Pontífice y el episcopado francés protestaron contra este atentado de lesa civilización; pero el sectarismo impío continúa impertérrito su obra anticristiana y antipatriótica que lleva á Francia á un abismo.

Ya el 12 de mayo de 1883 escribía León XIII al presidente de la república francesa: «... Os acordaréis, Señor Presidente, de ciertas severas disposiciones contra varias órdenes religiosas, que se decía no estar reconocidas por la autoridad gubernativa. Ciudadanos franceses, á quienes, de algún modo, amamantó y luego educó maternalmente la Iglesia en toda suerte de virtud y cultura, y á quienes la nación era deudora de notables progresos en ciencias sagradas y profanas, de la educación religiosa y moral del pueblo, han sido expulsados de sus inofensivos retiros, para ir á mendigar refugio fuera del país natal. Esto priva á Francia de una fecunda fuente de operarios ilustrados, activos... daña á la misma influencia francesa, que ellos difunden, poderosos con el Evangelio, en pueblos lejanos, y sobre todo en Oriente.»

Refiriéndose Su Santidad (en la misma carta) á la ley que proscribía la enseñanza religiosa de las escuelas, decía: «Esta ley desterraría de una nación de treinta y dos millones de católicos la educación religiosa, en la cual el hombre halla los más generosos impulsos y las más perfectas reglas para sobrelevar las dificultades de la vida, para respetar los derechos de la autoridad y de la justicia, y para allegar las virtudes indispensables á la vida doméstica, á la política, á la civil.»

Ahora, como siempre, los hombres y los pueblos buscan el bienestar y el progreso; pero, según observa un célebre escritor, «la prosperidad de una nación depende de la unión íntima de las almas. Cuando un pueblo carece de unidad de pensamiento y de miras, se convierte en un conjunto de mercaderes y de cuerpos dominados por la codicia y por deseos contrapuestos. ¿Dónde encontrar el principio de unidad? No se le encuentra ni en la cultura científica, que no tiene por sí misma virtud alguna educadora; ni en el estudio de las letras, que no bastan á satisfacer las exigencias de la vida práctica;

ni en la enseñanza *neutral*, que es una enseñanza disolvente; ni en la filosofía racionalista, condenada á ser una filosofía dividida y divisora. La conclusión se impone: para conciliar la libertad con la unidad, para animar y regular el movimiento moderno de las ideas, para satisfacer las exigencias de la conciencia como las necesidades crecientes de la civilización, es indispensable que la educación sea cristiana. Abolir el elemento religioso en la educación, equivale á suprimir la única enseñanza capaz de gobernar las inteligencias y disciplinar las voluntades»¹.

13. Mi última palabra á los padres de familia y á la juventud.—Al poner punto final á este modesto trabajo, que emprendí con el fin principal de promover en alguna manera el bien entre la juventud estudiosa, tan querida de mi alma, no debo ocultarle la amargura de que está lleno mi corazón sacerdotal al considerar los peligros que la rodean, y la dificultad de librarse de ellos.

El error, como polvo sutil, se cieme por el hogar doméstico, por las escuelas y colegios, por las asambleas públicas y privadas, y sobre todo, por el vasto campo de las ciencias sociales, que tanto influyen en la suerte de los pueblos; y pocos, muy pocos no se inficionan con el aire envenenado que se respira. Por otra parte, en nuestros días todo tiende á debilitar el carácter, á infundir costumbres nada cristianas, á facilitar la vida muella, con lo que desaparecen la virilidad del ánimo y el espíritu de vencimiento, indispensables para la buena formación del hombre.

Si la juventud respira esta atmósfera; si su educación es nociva ó deficiente, tiene que malearse y pervertirse; tiene que marchitarse apenas empieza á vivir, y dejarse arrastrar por el ímpetu de las inclinaciones viciosas. El mismo joven cristiano, el que en el hogar y en la escuela sólo encuentra estímulos para el bien, necesita sumo cuidado para preservarse de los lazos que á su inocencia y la integridad de su fe, tienden los secuaces del error y del vicio, que pululan por todas partes.

¹ *Pélot, L'école autoritaire.*

Cuando medito en el movimiento actual, profundamente anticristiano, me pregunto si hemos llegado á la apostasia universal, y hasta temo que se apaguen las lámparas del tabernáculo, y desaparezca el grande sacrificio, para ceder su puesto á una desolación abominable.... ¡Hoy se tiene vergüenza de Cristo! Esclavizadas las gentes por el imperio de la iniquidad, reniegan cobardemente de lo que aprendieron en los primeros años.... ¿Dónde están la unidad y la entereza de los siglos cristianos? ¿Dónde el heroísmo caballeresco de los creyentes? ¿No es hoy título de escarnio la fe, y no es honra la deserción de las banderas cristianas?

Si éste es el carácter del movimiento contemporáneo, es preciso que la juventud no caiga en flaqueza, ni compre con el miedo y la deserción la alabanza miserable de los inicuos. ¿Cómo ha de seguir á los traidores que le ofrecen una gloria menguada, cuando el sacrificio la solicita con su hermosura? El sacrificio es el arma de combate del joven cristiano; el ultraje, alabanza; el martirio, victoria. Nada más bello que una juventud creyente é ilustrada: subyuga con el ejemplo y vence con la virtud; combate con generosidad, como el insigne Aparisi, ó es de raza de *profetas inmaculados*, como lo fué Federico Ozanam, según la frase de Lamartine.

«Todo el mundo conviene en que estamos en un tiempo de revolución profunda», dice el abate Bruzat¹. «La sociedad, como un enfermo que da vueltas en el lecho, busca con agitación febril un nuevo cambio.... ¿Qué porvenir nos aguarda? ¿En qué terminarán tantas transformaciones sociales? ¿En la paz ó en la guerra? ¿En una libertad absoluta ó en una servidumbre absoluta? Lo ignoro. Lo que sé es que el mundo vale lo que vale su ideal moral, y que los hombres del porvenir, como los del pasado, no serán verdaderamente grandes y felices sino cuando sean hombres cumplidores del deber.»

La lucha entre el bien y el mal es muy viva en nuestros días. De uno y otro lado se aspira al triunfo con ardor. La Iglesia, en defensa de los derechos é intereses más caros de

¹ *Souvenirs oratoires.*

la humanidad, combate en primera línea; y en el campo enemigo figuran en primer término los gobiernos impíos y las sectas disidentes. «Obras de toda clase brotan hoy en el seno de la Iglesia, como prueba de su inagotable fecundidad. Mientras ella sufre más, más se prodiga. Pero yo deseo que todas esas obras se propongan el mismo fin: restaurar el cristianismo por la educación; que los padres alimenten el espíritu cristiano en sus hijos; que en la escuela primaria haya una atmósfera de fe; que el colegio sea la arena en que se ejerciten los soldados cristianos; que las cátedras de alta enseñanza impriman á la ciencia un movimiento cristiano y formen jefes resueltos é inteligentes para la armada del bien. Al salir de esas varias etapas, será el hombre el firme apoyo de la verdad y de la virtud. Un pueblo compuesto de ciudadanos grandes por el espíritu y el corazón, tiene que ser fuerte y llegará al término de sus altos destinos.»¹

Una vez, por todas, encarezco á los padres de familia, á quienes especialmente incumbe la educación de sus hijos, que cumplan con esmero tan sagrado deber, en el que se resumen las arduas obligaciones de la paternidad, y del cual depende en gran parte el bienestar temporal y eterno del hombre. Á ellos corresponde depositar la primera semilla en el alma pura y dócil del niño; por lo que no han de ahorrar esfuerzo ni sacrificio, con tal de infundirle hábitos de moralidad y de virtud, desde la más tierna edad. Mediten en las siguientes preciosas advertencias que les dirige León XIII, y cuiden de ponerlas en práctica: «La familia es la base de la sociedad civil, y en el hogar doméstico se prepara principalmente la suerte de los Estados. Por eso los que desean divorciar la sociedad del cristianismo, poniendo la segur en la raíz, se apresuran á corromper la sociedad doméstica. Ni los arredra en tan malvado intento el pensar que no lo podrán llevar á cabo sin grave injuria de los padres, á quienes la misma naturaleza da el derecho de educar á sus hijos, imponiéndoles al mismo tiempo el deber de que la educación

¹ «L'educateur apôtre».

y enseñanza de la niñez correspondan y digan bien con el fin para el cual el cielo les dió los hijos. Á los padres toca, por tanto, empeñarse con todas sus fuerzas en repeler toda injusticia en este particular, y conseguir á toda costa que se respete su derecho de educar cristianamente á sus hijos, y apartarlos cuanto más lejos puedan de las escuelas donde corren peligro de que se les propine el veneno de la impiedad. Cuando se trata de amoldar en el bien el corazón del joven, cualquier trabajo y cuidado que se tome será poco para lo que el asunto se merece.»¹

Los padres que descuidan en el hogar la educación de sus hijos, ó que la confían á maestros impíos, los asesinan moralmente y causan grave daño á la sociedad civil; ya que, como dice el mismo Pontífice, no hay asunto que interese hoy tanto á ésta y á la Iglesia como la formación cristiana de la niñez.

En cuanto á los jóvenes, á cuyo servicio desearía consagrar en todo tiempo mis escasas fuerzas, les dirijo las siguientes frases pronunciadas por el abate Bruzat ante la juventud francesa: «Cuando los caballeros de los tiempos pasados iban á combatir los buenos combates del honor y de la virtud, su fuerza consistía, sin duda, en las armas que manejaban y en la coraza que defendía su pecho; pero ella consistía, ante todo, en la noble divisa que tenían sobre su corazón. Esta divisa, la que doy también á vosotros, jóvenes, para fuerza y gloria

¹ «Initia reipublice familia complectitur, magnamque partem alitur intra domesticos parietes fortuna civitatum. Idecirco qui has divellere ab institutis christianis volunt, consilio a stirpe exorsis, corrumpere societatem domesticam maturant. A quo eos scelere nec cogitatio deterret, ille quidem nequaquam fieri sine summa parentum iniuria posse: natura enim parentes habent ius suum instituendi quos procrearint, hoc adiecto officio, ut cum fine, cuius gratia sobolem Dei beneficio susceperunt, ipsa educatio conveniat et doctrina puerilis. Igitur parentibus est necessarium eniti et contendere, ut omnem in hoc genere propulsem iniuriam, omninoque pervincant ut, sua in potestate sit edocere liberos, uti par est, more christiano, maximeque prohibere scholis iis, a quibus periculum est ne malum venenum imbibant impletatis. Cum de fingenda probe adolescentia agitur, nulla opera potest nec labor suscipi tantus, quin etiam sint suscipienda maiora» (Encicli. *Sapientie christiane*, d. d. 10 Ian. 1890).

vuestra, es la siguiente: *Haced lo que debéis, suceda lo que quiera*. Permaneced fieles á ella hasta la muerte; y si, en los rudos combates que os reserva el porvenir, esta fidelidad os exigiere la pérdida de los bienes y de la vida misma, al contemplar tantas ruinas acumuladas, no deberíais decir: ¡Todo está perdido! sino, al contrario: ¡Todo se ha salvado, porque hemos cumplido con nuestro deber!»

Que mis postreras palabras á los jóvenes, en especial á los compatriotas míos, sean las siguientes de la Sagrada Escritura, que una de las lumbreras del episcopado francés, el cardenal Pie, pronunció en una de las sesiones del Círculo de la juventud católica de Poitiers: *Elsi omnes gentes regi Antiocho obediunt... et consentiant mandatis eius, ego et fratres mei obediemus legi patrum nostrorum*¹.—Aun cuando todos se sometan al error, yo y mis hermanos obedeceremos á la religión de nuestros padres. *Pro aris et focis!* Ésta es la divisa, aun pagana, de los que aman á la patria de la tierra, subiendo á la eterna del cielo.

¹ 1 Mach. II, 19—20.

B. HERDER, LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO,
FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA).

Pensamientos y Consejos

para la juventud es-
tudiosa por el Padre

Adolfo de Doss, de la Compañía de Jesús. Obra aprobada y recomendada por el Eño. Señor Cardenal Arzobispo de Valencia y los Ilmos. Señores Arzobispos y Obispos de Bogotá, Buenos Aires, Costa Rica, Friburgo, Madrid-Alcalá, Nueva Pamplona, Portoviejo, Santiago de Chile, Valladolid, y honrada con una Carta del M. R. Padre Luis Martín, Preósito General de la Compañía de Jesús. Con un grabado. *Segunda edición*. En 12º. (XVI y 582 págs.) Precio: en rústica *Fr.* 4.50; en tela de lujo *Fr.* 6.—; en cuero de lujo, cortes dorados *Fr.* 8.50.

El Ilmo y Rño Señor Obispo de Costa Rica:

Los padres de familia que quieran prevenir á sus hijos contra los peligros del mundo, el amigo celoso que se proponga enseñar á un compañero querido el camino de la verdadera felicidad, y los sacerdotes y párrocos que deseen proteger contra la indiferencia religiosa á la juventud inteligente que les esté confiada, no pueden regalar á los jóvenes otra obra mejor que los «Pensamientos y Consejos» del R. P. de Doss. ...

Los 172 puntos de que trata en la obra referida, son todos del más vivo interés, y no dudo que aun los jóvenes incrédulos y superficiales se regocijarán en su lectura.

La recomiendo sinceramente á los jóvenes estudiantes y á los que se dedican al comercio y á la industria, á los padres de familia y especialmente á los sacerdotes y párrocos que miran por el bien de la juventud.

El Excmo y Rño Señor Arzobispo Obispo de Madrid-Alcalá:

Nos recomendamos con singular encarecimiento la obrita. El autor ha dispuesto la materia de su libro con tal arte, que el espíritu del que lo lee, va ascendiendo en él como por una escala, que empieza en aquel momento feliz en que, convertida el alma sinceramente á Dios, rompe los vínculos de las aficiones desordenadas á las criaturas, y termina en el punto en que el alma se une estrechamente con Dios, llegando á los más altos grados de la virtud y de la perfección cristiana. Todo el camino que aquí media entre el punto de partida y el término feliz, adonde guía á los lectores este libro, está adornado y como vestido de las hermosas flores con que el genio de la elocuencia sabe embellecer los conceptos de la vida espiritual, los cuales cautivan desde luego el ánimo de los lectores, y le disponen á la consideración y estima de los bienes verdaderos. El autor ha ordenado sus pensamientos y consejos formando un todo admirablemente entretreído de innumerables textos de las sagradas Letras. Puede ser comparada su obra bajo este concepto al libro de la *Imitación de Cristo*, Señor nuestro.

B. HERDER, LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO,
FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA).

La Virgen Prudente. Pensamientos y Consejos del Padre Adolfo de Doss, de la Compañía de Jesús, acomodados para las jóvenes cristianas. Obra publicada con aprobación eclesiástica y permiso de los Superiores de la Orden. Con un grabado. En 12^o. (XII y 480 págs.) *Fr.* 3.—; encuad. en tela *Fr.* 4.50; en pergamino superfino, cortes dorados *Fr.* 9.25.

Á medida que se va desarrollando la suma de la literatura dedicada á las jóvenes, se advierte la necesidad de enriquecerla con libros buenos desde el punto de vista católico, entre los cuales es una verdadera perla el que ahora ofrecemos intitulado «La Virgen Prudente». Las tres partes en que está dividida esta obra, enseñan respectivamente á las jóvenes á extirpar sus propios defectos, á cultivar las virtudes cristianas y, mediante la práctica de estas virtudes, á alcanzar la perfección, cuyos frutos trascienden á la vida eterna. Los capítulos de esta obra son breves, los conceptos están expresados con claridad, el lenguaje es escogido y la exposición muy bien ordenada.

Sin caer en exageraciones, viendo las cosas tales como en realidad son, y teniendo en cuenta las necesidades y condición de la época actual, el autor de este libro ha aplicado en todos los casos las invariables doctrinas del Cristianismo al estado propio de las jóvenes cristianas que viven en el mundo. Estas enseñanzas deben ser siempre defendidas en medio del torrente avasallador de las varias opiniones de nuestra época. Todos los padres de familia que se afanan por formar hijas, que sean el orgullo y la alegría de su casa, deben tomar este libro y ponerlo con interés en manos de sus hijas.

El Excmo é Ilmo Señor Arzobispo de Burgos escribió al editor:

Creo mi deber felicitarle por el beneficio que con la obra del P. Doss presta á la religión y á las costumbres.

La importancia de los asuntos elegidos, la claridad, sencillez y concisión con que se tratan, la abundancia de la doctrina, la solidez de los razonamientos, la delicadeza de la expresión y la galanura del estilo hacen esperar que de trabajo por tan extremo recomendable habrá de obtenerse gran copia de frutos de bendición.

